

# REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1925 Lunes 13 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

**SUMARIO:** *El Parlamento de Ginebra*, por Francisco García Calderón.—*Unamuno a El Estudiante*.—*Los dones divinos*, por Leopoldo Lugones.—*La cuestión religiosa en Francia*, por Joseph Caillaux.—*Cadisch*, por Alberto Gerchunoff.—*Educación estoica*, por Luis Bello.—*La religión prostituida*, por José Vasconcelos.—*El catálogo de André Gide*, por León Pacheco.—*El último Congreso científico de Lima*, por V. R. Haya de la Torre.—*Una entrevista con Fofain*, por Luis Bagaría.—*Lira chilena contemporánea*.—*Tablero*.—*Carta abierta al Presidente de Chile*, por Eduardo F. Beláustegui.—SAVITRI, episodio del *Mahabharata* (concluye).

ACABA de declararme don Rafael Altamira, de regreso de La Haya, su fe en la justicia internacional. En la capital del reino holandés, pronuncia sentencias en compañía de jueces eminentes. Al más alto de los tribunales acuden todos los pueblos en busca de deci-

siones claras, de rotundas soluciones. Recientemente ha condenado la Corte a Inglaterra, y el gran poder orgulloso se inclina ante la frágil autoridad de un consejo de juristas. Empieza así una nueva edad, según optimistas observadores, el *novus ordo* anunciado por amables agoreros.

Al mismo tiempo, Mr. Chamberlain ha enterrado en Ginebra el flamante Protocolo, primer ensayo para fundar la paz en el mundo enflaquecido por la guerra. Funerales de primera clase, elegante oración fúnebre, el dolor de la familia—en esta ocasión los delegados de Francia, siempre fiel a sus tradiciones y a su genio—nada faltó en la sesión del Consejo de la Sociedad de las Naciones. ¿Se inclinará la asamblea ante la singular decisión de sus directores, renunciará a su obra fundamental? Perecerá entonces esa organización, instrumento de justicia, de cooperación, de intercambio, de orden, de entendimiento, de felicidad y sosiego para el mundo. ¿Puede clausurarse repentinamente el Parlamento de Ginebra y fenecer una gran esperanza?

Un escritor, M. Henry Ruffin, ha planteado el problema. Ha organizado una encuesta sobre el presente y el porvenir de la Sociedad de las Naciones. ¿Cree usted en ella?, ha preguntado a políticos, generales y escritores franceses, después de haber visitado la institución, elogiado la sonrisa de la capital calvinista, escuchado a los burócratas, examinado presupuestos. Le guía una simpatía, le mueve la curiosidad; pero no le ciega el entusiasmo. Si el wilsonismo va a eclipsarse en Ginebra, como pereció en Washington, urge estudiar los medios de evitar una futura guerra de aniquilamiento.

Naturalmente, no se ha dirigido M. Ruffin a Bourgeois, a quien llaman sus admiradores Padre de la Sociedad de los Pueblos. En Ginebra sonreía el venerable anciano cuando celebraban los oradores los triunfos de la Asamblea. Esta hija de su espíritu avanzaba gallardamente por los caminos del mundo. Bourgeois, que conversa deliciosamente, habla siempre de solidaridad y de paz. De haberle secundado los gobiernos, estaría armada la Sociedad ginebrina, y establecida, sobre las patrias orgullosas, una entidad supernacional.

## El Parlamento de Ginebra

Por FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

—Recomendamos la lectura de este interesante artículo a las pocas personas importantes que aquí se interesan por la obra de la Liga de las Naciones. No sin declarar que día con día lamentamos la separación de Costa Rica de la citada Liga. Un gran error nos parece, el de la ausencia de Costa Rica en las venideras asambleas de Ginebra. ¡Tan cierto es aquello de que *el mundo marcha!*—

se trata de exaltar los servicios y la influencia de la Sociedad wilsoniana. Pero él protesta en una carta. Reconoce que la presente organización de la Liga constituye ya «un inmenso progreso». Quizá se opone a la marcha de la institución el excesivo entusiasmo de sus defensores, un optimismo que confina con la vesania. «Mucho es ya, escribe el antiguo canciller francés, que los miembros de la Sociedad se comprometan recíprocamente a respetar y a mantener contra toda agresión exterior la integridad territorial y la independencia política de cada una de las potencias signatarias; mucho que un gran Consejo internacional, apoyado en un estatuto contractual, puede llamar a sí, si se rechaza el arbitraje, los conflictos nacies e intervenir para evitar que se exasperen; mucho, en fin, que si, a pesar de las compromisos contraídos, acude a las armas, un miembro de la Sociedad, será considerado, en virtud de este hecho, en guerra con los demás asociados». Poincaré aprueba y crítica. Espera, antes de renunciar a la defensa vigilante del interés nacional, que «se acostumbren las naciones libres a acercarse unas a otras en la ciudad moral de la humanidad».

Un diputado por París, M. Francois Poncet, afirma que si desapareciera la Sociedad, la humanidad sufriría una mutilación: perdería una idea fecunda y la más noble de sus esperanzas. Considera que Francia debe contribuir a que viva esa insegura institución, a que se fortifique a despecho de los escépticos. Empero, no precipitemos sus progresos. Si, fiel a la letra del *Covenant*, surge una especie de Supergobierno, si se siente amenazada la soberanía de cada pueblo, habrá caducado la importante creación wilsoniana.

Dos socialistas consultados, M. León Blum, mentor del ministerio Herriot, que acaba de ser censurado, y M. Paul Boncour, elegante reformador que parece imitar a Robespierre, defienden el espíritu de la Sociedad. ¿No renuncian los discípulos de Marx, los secuaces de Guesde y de Jaurés, a la estrecha concepción de patria? El socialismo es la Internacional roja, como la Sociedad de los Estados otra Internacional que sirve a los designios de Inglaterra, dicen sus ene-